

E. M. Cioran:
CAHIERS

Camilo Perdomo

Una reflexión en torno a la ética y la estética puede ser construida, pensada o diseñada desde distintos lugares discursivos y con variados enunciados. En esa tarea el esteta o el eticólogo tienen libertad de escogencia en sus apoyos u omisiones referenciales al darle sentido a sus propuestas. Sin embargo, por una suerte de resistencia o de calidad en la materia prima de su obra, existen autores difíciles de ignorar en esa reflexión. En este lugar se encuentra la obra de Cioran, pensador que vivió para recrear el combate literario con su creador y con los fantasmas que lo acompañaron en su compleja vida. El discurso aforístico presente a lo largo de su obra no es sólo un asunto metodológico de poner una palabra seguida de otra, un fragmento contextualizado con la finalidad de seguir una escuela determinada. Si así fuera uno no sentiría en sus metáforas esa carga emotiva donde pasión y amargura conviven con una soledad creativa y con una opción de salvación hecha desde la recreación del suicidio frente al poder de Dios. Los enunciados de su discurso fragmentario cumplen el creativo papel de impedir la proliferación del mal de todo creador: impedir que su trabajo sea cercado en un sistema o en una corriente. Convivir con la inocencia lo convierte en un autor fronterizo con los cínicos y los epicúreos, pero nunca termina siendo ni lo uno ni lo otro. Cioran es Cioran.

Sin ánimo de intentar hacer una Hermenéutica cioraniana pienso que la diferencia emotiva que expresan sus aforismos fue permitida por el contexto donde vivió sus inquietudes existenciales: la gran ciudad parisina percibida inmensa por un nostálgico inmigrante campesino dispuesto a realizar un doctorado en Filosofía en el lugar donde la Modernidad se hizo real en una Revolución. El viaje tuvo su costo existencial y la lengua materna junto a la decepción frente al mundo intelectual que observó al llegar a Francia lo reafirmó en el sentido que le conocemos a sus trabajos. Luego se convenció de la inutilidad entre su sensibilidad y el trabajo burocrático de hacer una tesis doctoral. Su ánimo se afectó, mas ello devino virtud literaria en eso de situarse en otro lado del camino donde los cuestionamientos no son instrumentales, sino un compromiso no decretado. En efecto, llegarle a la esencia de su obra con viejos paradigmas que imaginan un esqueleto a llenar con

palabras vacías de contenido como: hombre, ética, moral, bondad, trabajo, trascendencia, filosofía, utopía, historia, y otras parecidas es una tarea inútil. Las recetas no funcionan con él y sus trabajos no tienen esencia. Quizás sea ese uno de los motivos por los cuales ciertos jóvenes urbanos son atraídos por sus aforismos.

El texto que hoy comentamos trae las notas que durante quince años guardó Cioran en su oficina con cierto cuidado de vulgarizarlas. Allí están sus estrategias de resistencia frente a sus amigos, enemigos, envidias, discriminaciones, rabias, ilusiones. De esos Cuadernos, Simone Boué, muerta accidentalmente el 11-10-1997 en la víspera de terminar de corregirlos, encontró 34 de ellos idénticos en contenido. Son notas de inspiración para títulos de algunos de sus libros, salidas importantes, decepción con amigos intelectuales, claves de lo escuchado en la presentación de libros por autores consagrados, noches de insomnio, aspectos sobre sus cavilaciones que debían permanecer ocultos y otros aspectos. Así por ejemplo, en Junio de 1971 escribió: *He decidido reunir las reflexiones esparcidas en estos treinta y dos cuadernos. No es sino en dos o tres meses que veré si ellas pueden constituir la substancia de un libro (y el título pudiera ser: Interjecciones o El error de nacer).*

Son Cuadernos, embrionados con ideas dispersas mezcladas dentro de un estilo literario y filosófico haciendo juegos de lenguaje, rediseño de metáforas clásicas y manifestaciones de un cazador de ideas admitiendo la dificultad de ello: ... *nada es más decepcionante e insensible que perseguir una idea.* Allí están los referentes donde aparece el Cioran provocador, el intelectual de la ironía fuerte como herramienta del desplante y el anticonformismo: *sólo viviendo doblemente, sólo en la muerte.* Fanático en el aprendizaje de otras lenguas hizo de ellas el instrumento básico del intelecto creador. Incursionó en el Inglés y el Alemán para confrontar sus observaciones temáticas con su lengua adquirida con pasión; el Francés: *Al menos leí el Inglés y el Alemán. Son dos lenguas que ponen flojo mi espíritu. No hacen falta. Yo tengo la impresión, la certeza de que uno no puede sino formular en Francés y que en otra lengua uno se deja llevar al abuso del placer de la aproximación* (114). En los cuadernos se observa como Cioran al discutir con un alemán terminaba diciéndose que ese pueblo no merecía dominar el mundo. A los alemanes, decía, les falta completamente la fineza psicológica.

Cualquiera sea la utilidad de las notas de ese Cuaderno, pienso sea difícil ignorarlos en una era donde el discurso postmoderno se hace cada día real. Leamos: *No es el Diablo, es la muerte que se encuentra a nuestro lado, pero la gran habilidad del Cristianismo fue la de triunfar al hacernos creer lo contrario. No es que el Diablo invite a la lucha, porque él no es un gran luchador; es la muerte retornando.* (115). Las notas del Cuaderno recogen su impresión de la crítica a alguno de sus libros. Él la asumió con la típica actitud aprendida de los cínicos:

Eso que yo escribí en La tentación de existir sobre mi País suscitó una tempestad de protestas que están lejos de ser calmadas. Una docena de artículos llenos de injurias y que no son del todo dirigidas. ¿La razón profunda de esa indignación dónde se encuentra? Creo que afecté al producir la pregunta de nuestra inferioridad histórica, ella levantó ciertas cosas que estaban fijadas en las conciencias. Se me insulta, pero siento la herida que aticé en los otros porque ella es la mía. Dudamos de nuestro rol, de nuestro valor, de nuestra misión, no creemos en nuestra fe interior, no somos uno de esos pueblos de lo más lúcidos que hayan existido. Somos frívolos, ligeros, amargos y, bajo nuestro aire fanfarrón somos nihilistas justo hasta la desesperanza. (130).

Sea en la ciencia, sea en la política, sea en los relatos históricos, Cioran recupera la energía de pensar en tiempos de nihilismo y derrumbe, pero asumiendo eso como inevitable.

El desastre lo inspira llegando incluso más lejos en la imagen que Nietzsche, Schopenhauer o las enseñanzas de Diógenes el cínico. Si es cierto que sólo la poesía tiene libertad para nombrar y que el maestro de ese ejercicio es el malabarista de las palabras, pareciera pertinente ver en Cioran a un poeta privilegiado con el arte de un arqueólogo. De la misma manera que éste trabaja sobre ruinas con instrumentos sencillos y aprendiendo del contexto donde están los escombros, es la lupa y la escobilla que limpia los puntos básicos de su acción para terminar de reafirmar el carácter efímero de nuestro paso por la tierra:

Todos esos profesores, Heidegger a la cabeza de ellos, quienes viven como parásitos de la obra de Nietzsche y los que imaginaron el acto de filosofar como el principal acto de la Filosofía, me hacen recordar a esos poetas que imaginan como misión de un poema cantarle a la poesía. Es como si el acróbata sustituyera al artista. El filósofo, él mismo, no es sino un pedante banboleándose. (401)

La estrategia del discurso que se observa en las notas del Cuaderno es la de exprimir lo mórbido con la finalidad de obtener al máximo la sustancia del juego melancólico.

Lo mórbido y visceral como fuente de inspiración literaria son en las anotaciones comentadas objetos complejos y fenómenos consustanciales a la existencia humana. La historia, más allá de lo simple de su relato, es una enfermedad del tiempo y el hombre un obstáculo hostil para la felicidad y el mensaje de equilibrio ordenado por los dioses. Por lo tanto y en total acuerdo con ese postulado existencial de Cioran, todo acto y acción del sujeto es dañino para la espiritualidad. Su dato de vida se parece al de los epicúreos en eso de no intervenir, dormir mucho y permanecer en su lecho como lo máximo de la libertad. No agitarse, recomienda Cioran, no provocar actos y vivir con aquella idea de Heráclito: “ser un eterno viviente”. Una reflexión siempre es diferente en otra lengua y por ello le gustó el juego de la tortura de leer y releer lo escrito en otra lengua distinta a la maternal. Con eso Cioran vivió el placer de someter el cerebro y el espíritu al ejercicio divino de los dioses tratando de crear sin someterse a la evidencia de una acción común. Es la dura alquimia del ensayo y el error con las palabras que nunca terminan de nombrar, de decir y de aclarar.

Cioran aparece en el **Cuaderno** como un fanático buscador de la verdad del todo, pero a la vez seguro de tener que convivir con la condena de heredar la expulsión del paraíso por la desobediencia a la norma divina de respetar el fruto del bien y el mal. Eso explica que sea un pensador de límites y fronteras del Iluminismo y un crítico obseso de las bondades de la razón. En una era desalmada y perpleja como la nuestra, llama la atención este aforismo del pensamiento y el pensador: *...No es eso que él pensó, pero sí eso que él sufrió.* (907). De esta manera pienso en la utilidad de estas notas comentadas para quienes hoy necesitan recrear los juegos de lenguaje que definen el discurso de la postmodernidad.